

Ensayo

Bioquímica del amor

José M^a Rodríguez Tejerina

*...ce rouge soleil que l'on
nomme l'amour*

Baudelaire

El amor, ironiza Voltaire, "es un cañamazo de la naturaleza bordado por la imaginación".

La erótica de Sócrates.

Desde la erótica, la *erotiká*, las inquietantes "cosas del amor" de Sócrates, pasando por la romántica tesis de la "cristalización" de Stendhal y los luminosos ensayos de Ortega, hasta llegar a las recientes teorías hormonales y químicas de Fisher, mucho se ha divagado y escrito sobre el fenómeno social, histórico íntimo del amor. Esa "elaboración intelectual del instinto sexual", al decir de Camilo José Cela.

Porque el amor entre los humanos, la bella máscara del deseo amoroso, tiene mucho de esperanza y de mito; atribuye al ser amado perfecciones que, seguramente, no posee. Así como la rama desnuda de un vulgar arbusto, arrojada a una mina de sal, aparece según Stendhal, al siguiente día ornada de vistosos cristales.

Platón, hace unos venticinco siglos, dejó dicho que, "el amor es un anhelo de engendrar en la belleza", en la *perfección*. Y la perfección no existe nunca, es nuestra imaginación quien la inventa.

El amor, por tanto, sería una ficción, un error que, un día más o menos lejano, tiende a desvanecerse y, a manera de un mal despertar, deja atrás los sueños y nos condena a una melancolía de convalecien-

tes. Queda en el recuerdo la efímera ilusión. El deseo amoroso es una pregunta cuya respuesta, afirma Cernuda, "nadie sabe".

Henri Beyle, Stendhal, se fabricó a sí mismo, a lo largo de su agitada vida afectiva, sucesivos enamoramientos; irreales, poco o nada correspondidos por unas mujeres idealizadas por la apasionada fantasía del escritor. Stendhal, "un adicto al idilio", no fue, sin embargo, capaz de inspirar un verdadero amor a ninguna de sus sucesivas amantes. Tal vez por su aspecto físico, al parecer era poco agraciado. Pero Chateaubriand, de menguada estatura y jorobado, sí supo, en cambio, provocar fervientes amores en féminas bellísimas, cual la marquesa Custine. Es el misterio de la atracción sexual. Del magnetismo fatal que proyectan algunos hombres, irresistiblemente, en el corazón de las mujeres. Que son ellas, al fin y al cabo, quienes hacen el amor a don Juan. Galán muy favorecido físicamente, mas inmaduro mentalmente, de "indecisa varonía", como lo define Marañón.

Establece Stendhal cuatro clases de amor; el amor pasión, el amor placer, el amor físico; el amor vanidad, muy frecuente éste último en personas que pretenden lucir, más que poseer, a la mujer de moda, al hombre famoso, y tanto se asemeja al amor imaginario. El amor pasión, por el contrario, es raro. Sólo con el suicidio de los amantes puede certificarse. Romeo y Julieta, el gendarme de Cento, son dos parejas humanas representativas.

La lista de las distintas clases de amores, es infinita. Citemos los amores platónicos, griegos, religiosos, místicos, románticos; el amor libre... Y si separamos el amor de la sensualidad, consideremos el amor a Dios, a la Patria, a la gloria, a los hijos, a la familia, al trabajo.

Pero el mismo utópico Stendhal reconoce que, el amor en cualesquiera de sus categorías, en sus múltiples matices, tiende a difuminarse después de un tiempo, a cambiar de sujeto, de objetivo. El amor,

admite, "es como una fiebre que llega y se va con total independencia de la voluntad".

Al amor se arriba tras el *enamoramien-*to, el *limerence*, la atracción amorosa; cuando se "excita en uno la pasión del amor". El enamoramiento, opina peyorativo Ortega y Gasset, se diferencia del amor propiamente dicho; es una angostura mental, una angina psíquica; "un estado inferior del espíritu, una especie de imbecilidad transitoria". Sería una suerte de "encantamiento", al que sucumben con idénticos síntomas, pobres y ricos, sabios e ignorantes, aristócratas y plebeyos. No por los mismos motivos, sino por esa ya referida extraña preferencia erótica, esa aparentemente ilógica resonancia afectiva. Condicionada por el "mapa del amor" y muy variados factores culturales. El enamoramiento tiene mucho de autohipnotismo, de éxtasis, ec-tasis, salirse de uno mismo; de delirio místico. Místicos y enamorados emplean idénticos vocablos. Eróticos los primeros, religiosos los segundos. Llama Platón al enamoramiento una "manía divina". El amante dice a su amada, "mi diosa", y afirma estar "en el cielo" junto a ella. Para el enamorado solamente existe en el mundo el ser querido. Dios, metafísicamente; y, si nos referimos a un místico, Nuestro Señor Jesucristo. La mujer deseada, si de un hombre se trata. Luz única que no permite atisbar el mundo que la rodea. Todo lo demás es oscuridad, silencio, vacío. Varias definiciones lo atestiguan: "el silente desierto de Dios", Eckhart; "la noche oscura del alma", "la soledad sonora", de san Juan de la Cruz. Es, "la ceguera del amor".

Anatomía del amor

Helen Fisher, una antropóloga norteamericana, ha llegado a la conclusión de que la *monogamia*, el amor con una sola hembra, es antinatural en las especies animales, la humana entre ellas. E intenta demostrar su tesis en un libro, *Anatomy of*

love, que alcanzó hace unos pocos años un gran éxito de venta en los EE.UU. y acaba de publicarse ahora traducido al castellano.

Dos lustros de su vida científica ha dedicado la investigadora yanqui a estudiar estas hipótesis. Sus arriesgadas conclusiones hacen dudar sobre antiguas normas sociales. Afirma la doctora que, los impulsos hormonales y químicos (*) que llegan al cerebro y desazonan el equilibrio de las neuronas y dan lugar al enamoramiento, a la convivencia amorosa, no duran, a lo sumo, más de dos o tres años. Luego el varón desea emprender nuevas aventuras eróticas.

El 97% de los mamíferos machos se aleja de su pareja apenas realizado el apareamiento. Únicamente el hombre civilizado permanece junto a la mujer poseída un cierto tiempo. Pero lo normal, afirma categórica la señora Fisher, sería que la abandonara también en seguida, y se fuera a buscar otras compañeras sexuales. Que practicara, en fin, la *poligamia* o *poligenia*, el hacer el amor a varias mujeres a la vez o escalonadamente. La poligamia es más frecuente que la *poliandria*, la mujer que se entrega simultáneamente a dos varones. Tal vez porque el hombre es fundamentalmente un ser lujurioso, que desea más que ama, mientras que la mujer es substancialmente amorosa, ama más que desea. Así lo afirmaba Michelet en su libro, *El amor*.

En el mundo actual, entre los humanos, es mayoritaria la monogamia, refrenada por muy arraigadas normas sociales y religiosas. Saben los biólogos que, la

(*)Principalmente la feniletilamina o FEA, una anfetamina que inundaría, como una marea biológica, las neuronas del sistema límbico del cerebro. También serían responsables otras sustancias químicas; la norpinefrina, la dopamina y la serotonina. Todas ellas producen exaltación, alegría, euforia, insomnio; los enamorados además, sufren distracciones, aparecen atolondrados, optimistas, sociables; llenos de vida.

poligamia es harto frecuente entre los gansos, las focas, los animales con pezuñas, las aves; las rijosas gallináceas.

En los humanos el régimen familiar que permite al marido tener pluralidad de esposas es costumbre habitual de los pueblos antiguos y de las civilizaciones denominadas salvajes. En el *Ring-Veda* se establece que los hindúes pueden tener varias esposas. Los griegos y romanos recurrían con asiduidad al concubinato. Los judíos, luteranos, anabaptistas, mormones, practicaron, o practican aún la poligamia. No digamos los musulmanes cuya religión fomenta que los poderosos mantengan harenes en los que languidecen las mujeres “desenchantés” que describiera Pierre Loti. En los pueblos primitivos, los *djur* por ejemplo, del Africa Oriental, el hombre se casa con sucesivas mujeres con el correr de los años. En Australia, según el principio *pirauro*, el viajero que se detiene en un lugar tiene derecho a tomar esposa mientras dura su estancia. Los *yacutas* practican así una suerte de poligamia itinerante. En nuestro mundo occidental, oficialmente monógamo, existe de hecho una tácita poligamia, como la de los divorciados que vuelven a casarse una y otra vez; más de veinte veces un conocido ciudadano norteamericano. Y, el adulterio consentido por mujeres progresistas; Jaqueline Kennedy y otras sofisticadas defensoras del matrimonio *open*, que toleraban, indiferentes, el hecho de que el hombre, como escribió Stendhal y repitió Cajal, es polígamo por naturaleza y, el matrimonio monógamo, “una institución contra natura”.

Es indudable que la Iglesia Católica en sus orígenes condenó el placer sexual, lo consideró altamente pecaminoso. El amor es ajeno a la problemática cristiana del matrimonio, sacramento indisoluble, distinto a la fornicación, a la búsqueda del goce sensual y cuya única finalidad es la procreación.

El placer carnal, predica san Agustín, es una fuerza intrínsecamente mala, que

no puede ser expulsada totalmente por el bautismo. El acto conyugal sólo es legítimo si tiene por objeto la conservación de la especie. Doctrina que no nace del liberal Antiguo Testamento. San Pablo condena los “pecados contra natura” y, entre ellos, el homosexualismo; define el matrimonio como un remedio contra la concupiscencia, un contrato entre el cuerpo de una mujer y el de un hombre. Símbolo de la unión de Cristo con la Iglesia.

Pronto, sin embargo, los primeros textos cristianos van a justipreciar excesivamente la castidad, la virginidad. Jesús no estaba casado. Sus padres, José y María nunca mantuvieron relaciones sexuales. Habla Mateo de los eunuocos voluntarios. Los gnósticos buscan en la castración la panacea para combatir los embates de la concupiscencia. Existen, todavía, entre nosotros, matrimonios “blancos”, que abominan del placer sexual. Matrimonios sumamente religiosos en los que el marido jamás ha visto desnuda a la esposa y cohabita con ella a través de un orificio circular hecho en la sábana, y que tienen muchos hijos. Hasta hace pocos años era loable práctica también en España guardar cuarenta días de absoluta castidad después de contraídas las nupcias.

Desde relativamente un escaso tiempo, la Iglesia no abandonó, al fin, la doctrina estoico-cristiana del amor emasculado. Se olvidó de su anatema contra la búsqueda del placer carnal dentro del matrimonio, que era considerada una forma de adulterio.

En 1964 el Concilio Vaticano II fundamenta ya el matrimonio cristiano tanto en el amor como en la procreación.

La Iglesia del siglo XX, quizás, no hizo sino intentar frenar la tendencia al amor libre, difundida por Fourier, Owen, Cabet, con sus experiencias comunitarias. A partir de los estudios de Havelock Ellis y Freud se había defendido además que, el amor es consecuencia del sexo y es imposible disociarlo de él. El enamoramiento surge de las glándulas endocrinas y es un pro-

ceso de *impronta* sobre el psiquismo del individuo en un momento biológico adecuado.

¿Cuánto dura este proceso, ese estado de "imbecilidad transitoria" definido por Ortega?

Sólo dos o tres años, piensa la doctora Helen Fisher. Quien añade: los amores de una duración mayor se deben a no haber alcanzado su plenitud, por inhibiciones raciales u obligadas separaciones. La *convivencia*, reitera, quizás equivocadamente, apaga la llama del amor en un breve plazo de tiempo.

La *locura de amor* del diálogo platónico, es, sin duda alguna, efímera. Y la doctora norteamericana ha podido, tal vez, medir su *anatomía*. Pero no la duración de los elementos espirituales que la acompañan; el cariño, la ternura, la lealtad, el ejercicio de la paternidad. Que otorgan al amor humano una perspectiva inconmensurable, casi milagrosa. Como piensan Jules Michelet y José Tomás Monserrat, el amor matrimonial puede durar toda la vida, y aún aumentar con el paso del tiempo. Existe asimismo el amor a Dios, el culto a la caridad, en muchas personas, sentimiento que se prolonga hasta la muerte. Cabe también considerar el amor sin sexo, y hasta el amor a pesar del desamor.

La *herida del amor* de Renan, por otra parte, puede llegar a ser una llaga dolorosa, "que sangra toda la vida", según Cajal.

El desamor

Hay que reconocer que el *amor llamado verdadero, pleno*, es un fenómeno nada universal, por ser a un tiempo, biológico y espiritual. Complejo, que requiere intimidad, recato, una elaboración mental del instinto genésico, una rara coalescencia de química, hormonas y cultura. Es una sofisticada creación humana. Y, tantas veces, solamente, un efímero espejismo.

Sería muy frecuente, en cambio, en nuestra sociedad, el desamor, la falta de afectos, el fracaso amoroso; las obligadas separaciones, el infierno de los celos; la irremediable pérdida de un ser querido.

El amor es una coyuntura vital misteriosa. Hasta la etimología del vocablo que lo designa es desconocida. No deriva del *amor-amaris* de los romanos, si no de una voz del voluptuoso lenguaje de los etruscos, que apareció en un poema de Ibn-Azem, *El collar de la paloma*, en el que se narra, sorprendentemente, la vehemencia del amor homosexual. Como hará Platón, años más tarde, al concebir, únicamente, el amor entre varones. En Grecia y en Roma el amor era una actividad exclusivamente masculina. Con la llegada del cristianismo la mujer adquiere la merecida categoría de madre y esposa. Y, con los trovadores de la Baja Edad Media y las obras literarias de El Dante y Petrarca, se crea la teoría del amor platónico.

Boccaccio y el Arcipreste de Hita serán después decididos adalides del amor sensual, que acepta toda suerte de matices eróticos. Descartes, por ejemplo, como su primera refriega amorosa la mantuvo con una mujer bizca, prefirió, a lo largo de su existencia, yogar siempre, copular, con féminas bisojas.

Otros hombres ilustres escogieron para sus relaciones amorosas dispares mujeres, bellas o feas, jóvenes o maduras; ora ñatas ora narigudas, igual que Cleopatra. Frías, tal la Pompadour, ardientes como la emperatriz Josefina. Insubstanciales, frívolas, así lady Hamilton. Es el ya referido inexplicable milagro de la fascinación sexual, el *misterio fascinans*.

Es muy demostrativo un reciente experimento realizado por el profesor Dausset. Se colocan 100 ratas machos frente a otras 100 hembras. Se aparean entre sí las que poseen el fragmento H La del cromosoma 6, diferente, las que, en cierto modo, se complementan. Nunca las de idénticas

características genéticas. Sería la confirmación de la idea griega del amor entre los complementarios, que expuso Eryxímacos, el médico, en el *Banquete* dado por Agatón.

Quizás al hombre le atraiga mucho más el sendero a recorrer hasta llegar a la amada que la posesión de la misma. Ya lo dijo Cervantes; "es más divertido el camino que la posada". La escalera prohibida que la alcoba acogedora.

Triste corolario del desamor, de la falta de compañía sentimental, es la *soledad*. Del cuerpo y del alma. Amortiguada en los amores desdeñados por la falaz impresión de que, tras las amargas palabras de rechazo, se esconde la sombra de una caricia. Contrarrestada por el deseo, que se exagera con la distancia, pues la auténtica sensualidad humana es hija de la lejanía. Una mujer amada apasionadamente suele ser una *princesse lointaine*. La *infelicidad*, en fin, patrimonio de la soledad, aspira, de continuo, a ver arribar la mítica esperanza del señor Godot. El herido por el desmor vive encerrado en su propio corazón, ese "breve nido de venas azules" soñado por Shelly. Huye del canto engañoso de las sirenas, cree sólo en la palabra hablada, no en la impresa. El hombre que hace imprimir las palabras que inventa, esconde el trémulo sonido de su voz, sus más oscuros secretos. El angustiado por el mal del desamor gusta le hablen con voz cálida y que su interlocutor gesticule con las manos, como un mimo.

La *terapéutica externa* adecuada para los aquejados del desamor acostumbra a ser el contacto con la Naturaleza. Dejarse acariciar los ojos. Así lo recomienda un *hai-kai*, un antiguo poema japonés; peinandolos con la devota contemplación del campo, los árboles, las flores; de una ribera que subraye el cauce rumoroso de un río. Y, por qué no, sintiendo la proximidad lienta y ancestral del mar. Es frecuente ver pasear, lentamente, por las playas desiertas, al atardecer, las siluetas

solitarias de hombres y mujeres que sueñan con encontrar de nuevo un postrer amor, antes de sumirse en el abismo de la vejez.

La terapia interna la brinda la misma naturaleza al generar endorfinas, los opiáceos de la mente, que atenúan el dolor y dan sosiego a la ansiedad.

Los amores tardíos

Los amores tardíos es el título de una novela de Pío Baroja. Su protagonista, José Larrañaga, es un viejo solterón. Se enamora, perdidamente, de su joven prima Pepita. El romance acaba mal, como era de presumir.

Los hombres mayores que han tenido una vida amorosa intensa no se resignan a pasar una senectud tranquila. La proximidad de la Muerte les enardece. Pienzan, en su agnosticismo, que la Vida se resume en el vacío. Que el terrible secreto de la existencia es su inutilidad. Tánatos les acerca a Eros. Dante, Goethe, Víctor Hugo, murieron en plena actividad amorosa, ya muy ancianos.

El viejo que consigue el amor de una muchacha se siente triunfador. Rejuvenece. Los últimos destellos del deseo y, sobretudo la imaginación, le hacen sentirse enamorado. Aunque frene su entusiasmo el temor a un fracaso sexual. Y la inquietud ante las críticas de la familia y los amigos. Ellas invocan, en la entrega pura, sin atisbos de intereses sociales o económicos, el encuentro con el padre perdido. Razón suprema de la gerontofilia femenina. La mujer es un ser intermedio entre un adolescente y un adulto. Muchas jóvenes lesbianas experimentan una especial fascinación por personas mayores del sexo contrario. La inclinación de los viejos por las jóvenes, en algunos raros casos, tiene, a su vez, veladas connotaciones homosexuales. Sería un retorno a la indiferenciada sexualidad de la infancia.

Entre las fantasías eróticas de rijosos ancianos figuran las mayores aberraciones sexuales (**). No sólo el homosexualismo. También el incesto. El marqués de Bradomín, en la *Sonata de invierno* de Valle-Inclán, se siente atraído por un efebo que habla latín y llama "padre" a su amante, un viejo gigante rubio.

El marqués de Bradomín, "feo, católico y sentimental", enamora luego a su propia hija, la hermana Maximina. Quien llega a sentir una atracción pecaminosa por su progenitor. Maximina aterrada se suicida.

Mas no siempre estos tardíos amores varoniles acaban tan mal. Recordemos a Stefan Zweig, Maurice Maeterlink, Sergio Voronof, Andrés Segovia, Rafael Alberti, Camilo José Cela. Todos ellos tuvieron, y aún tienen, ya provecotos, amigas, o esposas muy jóvenes y fieles. En estos casos, amén de conexiones con la imagen paterna, existían fuertes pulsiones reverenciales hacia el escritor, el hombre de Ciencia, el artista. El ídolo. Una necesidad servil de amor intelectual.

El hombre anciano célebre es más creador que el varón joven. Más interesante, no aburre durante el día. Es generoso de su cultura, de su palabra, de su saber. No exige, por principio, fidelidad. Únicamente lealtad, como Alberto Moravia a Carmen Llera.

Pero a la larga, estos amores suelen fracasar, de no morir pronto el vejetero. El afecto del senil hace despertar en su pareja dormidos ímpetus amorosos. acrecentados por la progresiva decadencia del compañero sentimental. Éste se torna irritable, no se resigna a su papel paternal, de maestro. Le indignan las burlas de la opinión pública. Pese a su altiva filosofía liberal cae en el infierno de

los celos. Unos celos silenciosos, ribeteados del miedo al ridículo.

La liturgia del amor llega a cansar al senecto. además, el derroche de su yo le preocupa sobremanera. Surge en él un instinto de conservación. El egoísmo, tan contrario a la gratificante entrega amorosa.

El viejo, y sabio, marqués de Bradomín, se aleja prudentemente de su joven querida, la apasionada María Antonieta. Aunque este gesto implique despedirse del amor. "Acaso para siempre".

El incesto

La sucinta referencia anterior al dramático amor pecaminoso que experimentó Maximina, la hija del marqués de Bradomín hacia su padre, nos induce a meditar sobre el *incesto*, el patético problema amoroso.

Hace algún tiempo se proyectaron, por sendos canales de la televisión, dos películas en las que se plantea el eterno fenómeno del amor carnal entre padres e hijos.

Se titulaba el primero de estos films, *Amelia, mi hija, mi amor*. Y, el segundo, *La muchacha de las bragas de oro*. Ni que decir tiene que la contemplación de ambas cintas es desconcertante.

Ya en el Derecho Romano se consideraba al incesto el atentado más grave que pueden cometer contra la castidad individuos consanguíneos de distinto sexo. Un acto contrario a las leyes religiosas y que no admite expiación alguna.

Este horror al incesto es, sin embargo, un sentimiento adquirido a lo largo de los siglos por los humanos cuando, paulatinamente, van diferenciándose de los animales. El hombre primitivo no sentía aún ese horror. No había entrado todavía en su conciencia el componente moral que condiciona la espiritualidad de nuestra especie.

(**) Crudamente descritas por dos viejos y sensuales escritores: Rafael Alberti y Camilo José Cela. El primero en sus poemas de "Entre el clavel y la espada" y el "Diálogo de Venus y Príapo". El segundo en una salaz poesía; "Reloj de arena reloj de sol reloj de sangre".

Frente al incesto se levantó un tabú infranqueable. Que sólo los dioses osaban burlar. Así los faraones egipcios, reyes y dioses a un tiempo.

Los Tolomeos se casaban entre hermanos, cometiendo el más íntimo de los incestos; el que une a dos seres de idéntica sangre. Cleopatra fue la última descendiente de esa singular dinastía. Mujer con tantas gracias y hechizos, al decir de Plutarco, que era muy difícil resistirse a sus encantos. Se demostraba en ella que, la consanguinidad no da lugar, obligadamente, a personas con taras físicas o psíquicas. Si los progenitores gozan de una salud genética perfecta.

No es cierto, tampoco, que la sangre tenga horror de la sangre, como seguraba Toplong. Las dilatadas separaciones, el desconocimiento, por parte de los protagonistas, de los lazos de consanguinidad que les unen, hacen que el incesto no parezca tal. Es el caso de *La muchacha de las bragas de oro*, antes citada que, como la novela de Juan Marsé que la inspira, relata las relaciones sexuales entre un viejo escritor falangista, Luys Forest, y una procaz jovencueta, Mariana. Ambos ignoran el parentesco que les une. Creen, simplemente, ser tío político y sobrina.

Es la misma circunstancia de la obra de Beaumarchais, *La mère coupable*. Y, remontándonos a tiempos más lejanos, del *Edipo rey* de Sófocles, la tragedia griega por antonomasia, en la que tanto Edipo como Yocasta desconocen el parentesco que tienen entre sí.

Una intensa actividad sexual, junto a una desmesurada vanidad que les hace creerse dioses, como los faraones, puede también conducir a la práctica, o al deseo, de cometer incesto. Paulina Bonaparte dijo a Fouché en cierta ocasión:—"¿Por qué no vivimos en Egipto? Podríamos hacer como los Tolomeos; me divorciaría y me casaría con mi hermano Napoleón."

No es siempre el padre el que seduce a la hija. Otras veces es la hija la que se

enamora del padre. Recordemos a sor Maximina, la hija del marqués de Bradomán, y a Mari-Jo hija de Georges Simeón, también enamorada de su padre, y que, asimismo, se suicidó.

Más raro es el incesto entre madre e hijo. Rememoremos la obra de Cela, *Mrs. Cadwell habla con su hijo*. Tal vez fuera el caso de Freud a quien se le presentó un día su madre totalmente desnuda. Su padre, además, según parece, abusó sexualmente de él, cuando niño. Freud se sintió incestuoso. Y, en *Tótem y Tabú*, llegó a escribir unos conceptos de los que años después se arrepintió. Los jóvenes matarían al padre, al viejo, para poder disfrutar ellos, íntegramente, de los favores de la madre. Y pasar así de la obediencia al remordimiento de saberse asesinos de su propio progenitor. Este sentimiento haría que surgiera en el subconsciente un instinto de represión, de horror al incesto.

Admitió pues Freud que existe entre los humanos, más o menos soterrada, una inclinación incestuosa, combatida desde muy remotas épocas, por imperativos expansionistas, sociales, morales, religiosos.

En la segunda película que comentamos, *Amelia, mi hija, mi amor*, el padre pasa de la ternura que siente por su hija y del dermoerotismo al yacer juntos en una tienda de campaña, a la consumación del incesto. La solución al problema que nos brinda la película es típicamente americana; una terapia de grupo con otros matrimonios cuyos maridos han caído en el mismo desafuero erótico.

Hace unos lustros fui testigo de un caso de incesto en un pueblo de Pontevedra. Era el padre un zafio campesino. Había violado a dos de sus hijas.—"Eu las hice—repetía en sus declaraciones— y eu tenía derecho a desvirgarlas". No estaba arrepentido, se mostraba primitivamente orgulloso. Consideraba su conducta lógica, varonil, acorde con su sentido de la propiedad. Se le hizo comprender, pacien-

temente, lo monstruoso de su comportamiento, el terrible pecado mortal que había cometido. Su mujer, a su lado, enlutada, callaba, indiferente.

Una mañana encontraron al inculto gallego ahorcado de los barrotes de su celda.

El otro amor

El "otro amor" es el que, según Francisco Porché, "no osa decir su nombre": el homosexualismo.

Hace ya muchos años, una mañana de otoño, llegué a Estambul. En una cosmopolita librería del barrio de Pera adquirí varios libros y, entre ellos, uno de André Gide titulado *Corydon*. En el exótico escenario de Solimán el Magnífico, cabe el mismo Bósforo que tantas veces reflejara la faz desencantada de Pierre Loti, comprendí la mentalidad de unos hombres que sólo tienen de tales la anatomía externa pero cuya fisiología y psiquismo los separa por completo del común sentir amoroso de los varones normales.

Gide era, no hay que decirlo, un invertido contumaz. Como quizás lo fuera Shakespeare y lo fueron, sin duda alguna, Platón y Oscar Wilde. Y, entre nosotros, Jacinto Benavente y Federico García Lorca. Hasta hace unos lustros era éste un tema tabú, que ni el mismo Ortega osaba abordar. "Impera" decía, "todavía, en España un filisteísmo provincial tan estrecho que no deja margen para hablar con elevada claridad del sentimiento amoroso griego".

Sin embargo, escritores muy conocidos habían discurrido valientemente acerca de este amor descarriado. Así Balzac en *Vautrin* y *La muchacha de los ojos dorados* y Stefan Zweig, *Sendas equivocadas*, Curzio Malaparte, *La Piel*, Peyrefitte, *les amitiés particulières*, El exilado de Capri; Julien Graq, *Le rivage des Syrtes...*

También Marcel Proust analizó, magistralmente, el sentir de los invertidos. Proust

es el autor de *La búsqueda del tiempo perdido*, obra sumamente larga, morosa; en la que se plantea la tesis de que el Tiempo todo lo diluye. Pasa lo que nos rodea, se transforman, por el Tiempo, nuestros cuerpos, nuestros pensamientos. Huyen los instantes; los seres humanos son arrastrados de continuo por la corriente de los días. El tiempo destruye. El recuerdo conserva. Con su minuciosidad característica analiza Proust los sentimientos más recatados de los uranistas y señala que, mientras unos se esconden de la sociedad y colmados de remordimientos, ardiendo en deseos, se refugian en su soledad, otros, por el contrario, se obstinan en defender la legitimidad del "tercer sexo".

Los grandes amantes, hetero u homosexuales, que arrojan por la borda toda su vida social, familiar y metafísica, que están siempre en inminente peligro de escándalo, son parecidos, espiritualmente, al personaje de Jean Lateguy, el "taipán" Boisfeuras, cuando propugna: "El verdadero placer tiene que ser doloroso y envilecedor. Debes rozar lo prohibido y lo censurado. Cuando haces la guerra, te juegas la vida. Cuando haces el amor tienes que arriesgar tu alma".

Algunas veces, como en el caso de Rimbaud el gran amor de Verlaine y a quien éste pegó un tiro, cabe invocar la poca, la indiferenciada edad en que se inician estos hombres en el trato extraviado:

On n'est pas sérieux quand on a dix-sept ans...

Et qu'on a des tilleuls verts sur la promenade...

Pero en la inmensa mayoría de las ocasiones el homosexualismo verdadero, primario, no adquirido o accidental, está tan inmerso en las más íntimas estructuras genéticas, corporales y anímicas de sus escogidos, que es trágicamente inevitable. En nuestros liberales tiempos, los homosexuales, los gays, los travesti, los transexuales, forman parte, más o menos acep-

tada, de la sociedad. Y, también las lesbianas “van saliendo de su armario” y son ya casi admitidas como una particularidad más de la vida actual.

Ortega nos enseña en un precioso ensayo, “Paisaje con una corza al fondo”, que la eterna “corza” es lady Hamilton, la frívola querida del almirante Nelson, bella hembra que también practicaba el amor sáfico. La literatura refleja asimismo de manera realista este descarrío, biológico al parecer, del erotismo femenino. Escribió Balzac el ya reseñado libro, *La fille aux yeux d'or*; Diderot, *La religieuse*; Maupassant, *La femme de Paul*; Willy y Colette, *Claudine*; Alfred de Musset, *Gaminiani*; Verlaine, *Parallèlement*; Beaudelaire, *Épaves*... Presumimos que en este poema, *Épaves*, Hipólita, la mujer pasiva, exquisitamente femenina, safista por vicio o debilidad de carácter, es lady Hamilton. Y la “ginandra”, la Delfina energética y dominante, la en verdad invertida, la reina María Carolina, que vierte en los oídos de Emma los cantos elegíacos de la pasión lesbica:

Mes baisers son légers, comme ces éphémères

qui caressent le soir les grands lacs transparents...

La literatura, las obras escritas sobre los invertidos de ambos sexos, nos revelan la urdimbre de sus almas, atormentadas o cónicas, muchas veces brillantes, tal vez perversas. Siempre complejas. Marcadas por el estigma de pretender un amor casi siempre prohibido e infecundo. A veces, no obstante, en la Grecia Antigua, existieron felices parejas; Epaminondas y sus jóvenes soldados; Aquiles y Pirocleo, Tereo y Pirites, Orestes y Pylade; Plutarco, Sócrates; Platón, con sus bellos efebos.

Eros y Tánatos

Decía el inolvidable Sigmund Freud que la existencia humana gira en torno a dos

impetuosas pulsiones; el Amor y la Muerte. Que están en contraposición; *Eros* y *Tánatos*. *Eros* es el Dios del Amor. *Tánatos*, un vocablo griego, designa a la Muerte, a un genio alado, hijo de la Noche y hermano gemelo del Sueño. Dos entes pues, míticos, invocados de continuo por el Psicoanálisis. Una oscura desviación amorosa sintetiza y aúna ambas tendencias; la *necrofilia*; de *nekros*, cadaver y *philis*, amistad, y el deseo erótico.

Existen por doquier, en la crónica de los sucesos cotidianos, en las páginas de la Historia, patéticos testimonios de esta aberración sexual.

Jeffrey L. Dahmer era un mozo rubio, bien parecido. Cuando tenía ocho años ya recortaba esquelas de niños muertos y asistía, silencioso, a sus funerales. Luego, un día, intentó desenterrar el cadaver de uno de ellos, Jeffrey fue juzgado y condenado en Milwaukee, Wisconsin, allá en los EE.UU. de América. Porque desde 1979 hasta 1991, había matado, vilolado, descuartizado, a quince muchachos de cuerpos atractivos, homosexuales como él. Estaba acusado de necrofilia, del irrefrenable deseo de poseer y destrozarse después a los cadáveres de sus víctimas. Rara perversión sexual que practicaba, hace cientos de años, Periandro, el tirano de Corinto, uno de los siete sabios de Grecia.

Cabe distinguir una necrofilia monógama, pasional, más explicable, dentro de su monstruosidad. La de Calímaco de Efeso, que se relata en las *Actas* de Leucio. Calímaco se enamoró locamente de una bella cristiana, Drusila. No tuvieron tiempo de contraer matrimonio. Drusila falleció, prematura, inesperadamente. Calímaco la desentierra y posee. Cuando se aleja del cementerio oye una voz lejana y misteriosa que le ordena: “Vuelve dentro de nueve meses”. Y, Calímaco, cumplido el plazo, vuelve. Y entre las piernas descarnadas todavía entreabiertas de su amada, descubre la calavera de un niño recién nacido.

También Edgar Allan Poe cohabitó con su esposa, Virginia Clemm cuando ésta acababa de fallecer. Virginia era prima suya, una mujer muy agraciada, joven y tuberculosa.

Más frecuente es la necrofilia simbólica. Una prostituta yace en un ataúd rodeado de candelabros. su piel ha sido blanqueada previamente con polvos, para simular la palidez de la muerte. Sus carnes enfriadas con paños helados para que parezcan extintas. Absolutamente inmóvil espera la acometida del perverso sexual de turno. Que suele aparecer sigilosamente, vestido de cura o fraile, musitando extrañas letanías.

Según las crónicas, seguramente calumniosas, esta necrofilia simbólica era muy del agrado de nuestro rey Felipe IV, que acostumbraba a realizar tan macabros rituales en el convento de San Plácido, en Madrid, célebre por sus monjas y confesores adictos a las doctrinas de los "iluminados".

Una variante de esta necrofilia simbólica es la autonecrofilia. De la que era conspicua intérprete la famosa actriz francesa Sarah Bernhardt. Quien gustaba de hacer el amor dentro de un féretro, en una suntuosa cámara funeraria. Tal vez, más locos que ella eran sus amantes, que se prestaban a tan fúnebre juego erótico.

La necrofilia esencial, el pretender obtener placer venéreo con verdaderos cadáveres, tiene vertientes sádicas. Gilles de Retz y Jacques Vacher, "El Destripador" fueron acusados de crímenes espantosos. Luego de poseer a sus víctimas, las mordían y descuartizaban, en una mezcla de vampirismo y antropofagia.

No suelen ser los necrófilos homosexuales, como Jeffrey L. Dahmer. Sino por el contrario decididos heterosexuales. El célebre sargento Bertrand desentierra y mutila a una docena de cadáveres de hombres y rabioso, desesperado, sólo puede saciar su vehemente apetito sexual cuando encuentra, al fin, a una muchacha

quinceañera muerta. A la que colma de caricias y abraza con tal frenesí que casi la parte en dos.

Un caso de necrofilia polígama es el de Christie, el asesino de Rillington Place, que anestesiaba a sus víctimas, unas mujeres a las que estrangulaba y hacia coincidir su muerte con el propio orgasmo.

Puede existir una necrofilia circunscrita, así el caso descrito por Brantôme, de una mujer enamorada que disecó los órganos genitales de su marido muerto y los guardaba en un arca perfumada con almizcle.

Existe, no debe silenciarse, una pernicioso literatura necrófila. Recordemos el diario íntimo de Pierre Loti, el romántico, sofisticado poeta galo, que deseaba ser enterrado bajo el cuerpo sin vida de su amada, "para que la descomposición de su cuerpo pase a través del mío". Charles Beaudelaire, a su vez, traductor de Edgar Allan Poe, deja traslucir también su escondida necrofilia en varios poemas de *Les fleurs du mal*; en "Une charogne" y en "Une martyre", por ejemplo. En el primero pasea, "ce beau matin d'éte si doux", con su novia, la casquivana mulata Jeanne Duval, y se encuentra con el cadáver de una mujer; putrefacto, maloliente. Beaudelaire admira los gusanos que besan su vientre y sueña con "amours décomposés". En el segundo poema nos habla de una espléndida fémina decapitada, "carne inerte y complaciente, capaz de extinguir la inmensidad del deseo".

La necrofilia de estos poetas malditos es un canto a la fascinación del horror. Quieren procalmar una rebeldía contraria a toda ley divina o humana. Son seres perturbados, delirantes, con un impetuoso apetito sexual, sadomasoquistas, antropófagos, que se vanaglorian de sus hazañas. Como hizo Jeffrey L. Dalmer, y antaño lo hiciera aquél enfermero del Hospital del Rey de Madrid en los primeros tiempos de nuestra posguerra, quien alardeaba también de haber desenterrado a muchos cadáveres de pobres, emaciados,

tuberculosos. Hasta que fué descubierto constituyó una pesadilla para los que tenían algún pariente físico muerte en ese Hospital. Y, en nuestros días, "el mendigo asesino" de Madrid.

. . .

Todos, en alguna ocasión, hemos rendido pleitesía, más o menos efímera, escondida o aparente, "a ce rouge soleil que l'on nomme l'amour" que describió Beaudelaire.

El amor, *ese sol rojo*; en cualquiera de sus múltiples destellos; los más espirituales y sublimes, los más materialistas y aun abyectos. "El Amor que", reciprocamente, "mueve al sol y a las demás estrellas", dijo en celebérrimos versos Dante Alighieri. Y había asegurado también, siglos más atrás, Parménides; y Hesíodo.

El primero de estos dos filósofos griegos afirmaría: *Él creó el Amor, el más antiguo de todos los dioses*. Y, Hesíodo, a su vez:

Mucho antes de todas las cosas existió el Caos,

después la Tierra espaciosa.

Y, el amor que es el más hermoso de todos los Inmortales.

"Es imprescindible que los seres tengan una causa capaz de imprimir el movimiento y de dar enlace a las cosas", aconsejará Aristóteles años después. Sería por tanto el Amor un Dios Supremo, cosmogónico; Eros, responsable de los orígenes del mundo. Eros (Cupido), hijo de Afrodita (Venus), un niño alado que dispara al azar flechas que hieren a los hombres y originan en ellos locas ensoñaciones, delirios de inmortalidad. Cupido, Himeros, dios del deseo sexual. La mitología que imaginara Aristófanes en *El Banquete*; en los tiempos más remotos hubo tres clases de humanos: unos, sólo hom-

bres. Otros, sólo mujeres. Y, los terceros, hombres y mujeres a la vez, andróginos. Todos ellos dobles; dos hombres pegados entre sí, dos mujeres también unidas; un hombre y una mujer, en fin, fundidos. Tenían pues cada una de estas parejas, cuatro brazos, cuatro piernas, dos caras en una misma cabeza. Engendraban a sus semejantes igual que las cigarras, dejando caer la semilla en tierra. Orgullosos, pretendieron ascender al Olimpo. Júpiter castigó su osadía; los partió, los dividió en dos, y mandó que Apolo curara sus heridas. Así los andróginos pudieron procrear normalmente, fué posible la reunión sexual del macho con la hembra. Pero los seres del mismo sexo, los doble hombres y dobles mujeres, separados tan cruelmente, anhelaron volver a sentirse fundidos, como antaño. Era muy fuerte el amor que habían experimentado el uno por el otro; eran de la misma carne. Y surgieron los deseos impetuosos, irreprimibles, de los homosexuales y las lesbianas.

. . .

Habrá que escribir algún día, obedeciendo a Ortega, la *Historia del Amor*, con sus visicitudes; altibajos, vacíos, épocas de exaltación; acordes con la mayor o menor proximidad, de distancia social, entre ambos sexos.

Mas, los problemas del Amor son siempre los mismos desde la más lejana Antigüedad.

Varía, tal vez, la manera de resolverlos, de justipreciarlos. Pero permanecen idénticos en sus biológicas, metafísicas premisas. En su urdimbre, fascinante y misteriosa.

. . .

*¡Eres eterno, amor,
como la primavera!*

soñaba Juan Ramón Jiménez.

Bibliografía

- Ackerman, D.; *Una historia natural de los sentidos*. Barcelona, Anagrama, 1992.
- Baroja, P.; *Los amores tardíos, en agonías de nuestro tiempo*. Editorial Caro Raggio, Madrid 1927.
- Beaudelaire, Ch.; *Les fleurs du mal*. Editions du Panthéon, París, 1950.
- Cela, C.J.; *Desde el palomar de Hita*. Plaza Janés, Editores S.A. Barcelona, 1991.
- Cela J.C.; *Enciclopedia del erotismo*. Ediciones Sadmay, Madrid, 1976-1977.
- De Rougemont, D.; *El amor en Occidente*. Barcelona, Kairón, 1986.
- Fisher, H.E.; *Anatomía del amor*. Círculo de lectores, 1996.
- Frazier, J.G.; *La rama dorada*, Madrid, F.C.E. 1981.
- Freud S.; *Obras completas*. 3 vols. Madrid, 1958-1958.
- Gide, A.; *Corydon*, Gallimard, París, 1951.
- Hall E.T.; *Más allá de la cultura*. Barcelona, Gustavo Gili, 1978.
- Hunt, M.M.; *La conducta sexual hoy*. Barcelona, Edhases, 1978.
- Levi-Strauss, C.; *La mirada distante*. Barcelona, Argos Vergara, 1984.
- Marañón, G.; *Obras completas*. Tomo VII, *Don Juan*. Espasa Calpe, Madrid, 1971.
- Marsé, J.; *La muchacha de las bragas de oro*. Planeta, 1978.
- Michelet, J. *El amor*, traducción de Gregorio Amado Larrosa, Madrid, Barcelona, 1861.
- Morris, D.; *El comportamiento íntimo*. Barcelona. Plaza Janés, 1984.
- Morris, D.; *El mono desnudo*, Barcelona. Plaza Janés, 1987.
- Ortega y Gasset, J.; *Sobre el amor*. Editorial Plenitud, Madrid, 1963.
- Ortega y Gasset, J.; *Amor en Stendhal*. Alianza Editorial, Madrid, 1968.
- Pagels, E.; *Adán. Eva y la serpiente*. Barcelona, Crítica, 1990.
- Peyrefitte, R.; *Les amitiés particulières*. Éditions J'ai lu. París, 1945.
- Platón; *Diálogos*. Colección Austral, nº 44,27ª edición. Espasa Calpe, S.A. Madrid 1986.
- Platón; *Apología de Sócrates, Critón o El deber del ciudadano*. Colección Austral nº639. Espasa Calpe, S.A. Madrid.
- Proust, M.; *En busca del tiempo perdido*. Ediciones Orbis, S.A. Editorial Orígen, 1982.
- Ramón y Cajal, S.; *Charlas de café*. Colección Austral. Espasa Calpe S.A. 9ª edición, Madrid, 1966.
- Sherfey, M.J.; *Naturaleza y evolución de la sexualidad femenina*. Barcelona, Barral, 1977.
- Springer, J.P. y Deutscha, G.; *Cerebro izquierdo, cerebro derecho*. Barcelona, Gedisa 1984.
- Stendhal; *Del amor*. Madrid, Alianza, 1973.
- Valle-Inclán, R. De; *Sonata de invierno*. En, *Sonatas*, Espasa Calpe S.A., Madrid, 1969.
- Zweig, S.; *Obras completas. Sendas equívocas*. Editorial Juventud, 3ª edición. Barcelona 1959.